

DOS ALUSIONES CIDIANAS

A don Ramón Menéndez Pidal.

I.

El Carnero de don Juan Rodríguez Freile se escribió o, mejor, comenzó a escribirse en 1636, pero permaneció inédito hasta 1859, año en que el señor Felipe Pérez hizo la primera edición. Vivió, pues, una vida más o menos oculta por más de dos siglos. Efectivamente, después de escrito se conoció durante la Colonia al través de copias manuscritas, no siempre fieles al original. De ellas nos han llegado tres: una de 1784, una de 1793 y otra de 1795. Podemos designarlas, respectivamente, dos por los nombres de sus antiguos poseedores, y una por el del lugar en que se encuentra. Es la de 1784 la que fue de don José Antonio Ricaurte y Riqueiro, defensor de don Antonio Nariño; la de 1795 perteneció a don José María Vergara y Vergara; la de 1793 se conserva en el Archivo del Colegio Nacional de San Bartolomé de los Padres Jesuítas.

El valor de estas copias es bastante relativo, pero habiéndose perdido el supuesto manuscrito original del que Pérez hizo la primera edición, cobra la de Ricaurte, por varios aspectos, particular importancia. No es ésta la ocasión para hablar de ella. En cambio, la de Vergara, más afectada que la anterior por cambios, omisiones y lagunas, aunque menos que la del Colegio de San Bartolomé, llama la atención por ser obra de dos copistas y por mostrar cierta libertad en la efectución de esos cambios y omisiones. Tampoco es éste el lugar de detenerse en su examen. Pero es una curiosidad encontrar en ella lo siguiente.

En su *Prólogo al lector* Rodríguez Freile nos da razón de la composición de *El Carnero*. “He querido — dice —

hacer este breve discurso por no ser desagradecido a mi patria, y dar noticia de este Nuevo Reino de Granada, de donde soy natural". Con este motivo el autor trata luego de valorar su tarea, añadiendo que "ya que lo que en él ha acontecido no sean las conquistas del magno Alejandro, ni *los hechos de Hércules el hispano* [subrayo] —, por lo menos no quede sepultado en las tinieblas del olvido lo que en este Nuevo Reino aconteció". Como se ve, Rodríguez Freile se hace eco de dos cosas: los hechos de Alejandro y los de Hércules, historia y mito, si se quiere. Dejemos a un lado la historia y recordemos que el mito de Hércules aparece ligado a los propios orígenes del pueblo hispano y que ya la *Crónica general* recogía la existencia de tres Hércules, el último de los cuales pasa desde Africa a España, llega al Betis e intenta poblar en Sevilla. Es éste, seguramente, el mismo al que alude Mariana; el cual, luego de fundar nuevas ciudades, muere viejo. "Los españoles — escribe — con grande voluntad le consagraron por dios". Le decretaron, además, honras, dedicaron sacerdotes y erigieron un templo en el que su cuerpo fue honrado con solemnes sacrificios, "no sólo de los naturales, sino también de las naciones extranjeras".

No va más allá nuestro propósito. Pero si volvemos a Rodríguez Freile y al manuscrito de Vergara hallamos algo que nadie que hubiera leído con atención el cartapacio hubiera podido dejar de consignar con interés. El primer copista, que probablemente no tenía ante sus ojos el autógrafo del *Carnero*, no sabiendo o no pudiendo leer el nombre de *Hércules el hispano* en el original del que copiaba, desliza, en lugar suyo, el nombre *del Sid español* (fol. 1r). Así, el legendario Hércules es desplazado en la mente del copista y sustituido en la redacción del *Carnero* por el nombre del héroe de la gesta castellana. Cien años después de la fundación de Santa Fe la historia antigua parece demasiado antigua, pero al héroe castellano se le siente tan cercano y vivo que puede reemplazar, en la pluma de un copista criollo, al fabuloso Hércules. Derrota, pues, del mito, y triunfo de la historia, que ése ya no pudo lograr.

II.

Pero como *El Carnero* se escribe por uno de los primeros descendientes de españoles en tierras de Nueva Granada (el propio Rodríguez Freile dice en la larga portada de su libro que su padre fue “de los primeros pobladores y conquistadores de este Nuevo Reino”), tiene tanto o mayor interés que el anterior el dato siguiente.

En el capítulo xv trata el autor del episodio del Licenciado Gaspar de Peralta y un mancebo rico, Francisco de Ontanera. Es un episodio sencillamente dramático en el que los personajes son, además de los ya dichos, la bella mujer de Peralta, un negro esclavo y un indio pijao. Aparecen ella infiel, el mancebo jactancioso, el marido celoso, el esclavo fiel y el indio avisado. Cuando el esposo quiere aclarar sus dudas acude al expediente de viajar en cumplimiento de una comisión oficial, y marcha con sus dos criados; pero “en cerrando la noche revolvió sobre la ciudad como un rayo”. Sabe así que el galán está dentro de su casa y mientras se dirige, armado, a su estudio, hace que el negro guarde una ventana que da a la calle y pide al pijao que se mantenga vigilante con un hacha encendida. El resto puede suponerse. Halla a la mujer sola, pero tras las cortinas de la cama adivina un bulto. Tira una estocada y el adúltero sale y lucha; entre tanto la mujer se da a huír. “Bajó — escribe Rodríguez Freile — por la escalera al patio, y el pijao, dejando la hacha arrimada, la siguió y vio dónde entró”. Como el fiscal salió en persecución de ella, debió preguntar al indio. “El pijao — se lee — le dijo adónde se había metido, que era un seno como aquel en que se metió uno de los condes de Carrión cuando iba huyendo del león”. Aquí, por tanto, es Rodríguez Freile el que tiene a la mano una reminiscencia cidiana.

El *Poema* nos ha referido el suceso así:

Ferrant Gonçalvez, ifant de Carrion,
non vido allí dos alçasse, nin cámara abierta nin torre;
metiós sol escaño, tanto ovo el pavor.

Y más adelante:

¡Metístet tras el escaño de mio Çid el Campeador!
metístet, Ferrando, por o menos vales oy.

De modo que es patente en R. Freile la referencia al *meterse sol escaño, tras el escaño*, de uno de los condes. Pero, ¿por qué el *seno*? Probablemente no se trata sólo del contexto evocador, meterse *so* o *tras*, sino de algo más amplio, quizá de un romance cidiano. Varios son, como es sabido, los que recuerdan el vergonzoso suceso. Así, por ejemplo, el 851 de la colección de Durán (25 de la *Flor nueva* de Menéndez Pidal), dice que don Fernando “en zaga al Cid se escondió”, pero que D. Diego “se escondió a trecho más largo / en un lugar tan lijoso / que no puede ser contado”. El lugar, sin embargo, se aclara más adelante cuando “aquel temido asturiano” Martín Peláez anuncia al Cid: “albricias, ya lo han sacado!”. “¿A quién?”, pregunta el Cid. “— Al otro hermano / que se sumió de pavor / do no se sumiera el diablo”. También el 852 de la misma colección alude a los dos condes y dice que “metióse el uno en huída / del escaño se ha escudado, / y don Fernando, el mayor, / por un postigo se ha entrado, / que salía a un corral”. En ambos casos perdura la idea del lugar de socorro en el que se introduce *uno de los condes* por miedo al león. Todavía hay otros dos romances, el 883 y el 890 que recuerdan el suceso, pero simplificándolo y narrándolo casi sin emoción. “Como vieron al león / a huír habían echado”, dice uno de ellos. Pero aun en el burlesco de Quevedo la idea de ‘meterse en un lugar’ no falta: “el menor Fernán González / detrás de un escaño a gatas /.../ Diego, más determinado, / por un boquerón se ensarta”.

Así, la continuidad es constante y si no en todos los romances se conserva el primitivo *escaño* del *Poema*, subsisten las ideas de movimiento de huída y lugar de refugio. Por tanto, es indudable que Rodríguez Freile debía tener en su memoria un romance que celebraba el episodio de la cobardía de los infantes ante el león suelto, y al escribir el de la

bella adúltera que intenta escapar de la fiera cólera del marido deshonorado, es la versión del romance, y no otro recurso, el que viene a su pluma.

Es probable que ese romance no haya sido de los de *tradición oral* y que pertenezca, más bien, a los de *tradición escrita* “más asegurada en América que en España”, como observa Menéndez Pidal; pero no es para olvidarse del todo el hecho de que Rodríguez Freile es descendiente directo de conquistadores o pobladores y que — para citar una vez más al maestro — “un copioso romancero pasó a América en la memoria de aquellos que tripulaban las naves descubridoras y en el recuerdo de cuantos allá después fueron”. “La noticia precisa — agrega — ocurre en cuanto hallamos un cronista algo inclinado al pormenor pintoresco”. Y también de esto se trata aquí. No es Rodríguez Freile un Bernal Díaz del Castillo, un Herrera, un Oviedo; pero es un cronista y un cronista que aspira a reflejar (bien que muy fragmentariamente, por cierto) el decurso de los cien primeros años a partir de la conquista. Abunda, igualmente, en pormenores pintorescos, y aunque no es el escritor lego que algunos piensan, su estilo se distingue por ser ‘enteramente local’. Como quiera, esa alusión a los Infantes de Carrión pudiera ser la primera que aparece en un documento literario de significativa importancia y establece, cuando menos, que Rodríguez Freile fue, acaso como su padre, ‘lector o auditor de romances impresos’.

FERNANDO ANTONIO MARTÍNEZ.

Instituto Caro y Cuervo.

NOTA

La primera edición del *Carnero* o *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada* se hizo en Bogotá por la Imprenta de Pizano y Pérez, 1859. Las copias manuscritas de 1784 y 1795 se conservan actualmente en la Biblioteca Nacional de Bogotá. La referencia a la *Crónica general* remite a la ed. de R. MENÉNDEZ PIDAL, Gredos, 1955; la de MARIANA a la ed. de Madrid, 1608, lib. I, cap. 9. El

episodio de Peralta y Ontanera ocupa las págs. 137-140 de la cit. ed. de Pérez. El pasaje de los condes de Carrión es transmitido sin variaciones por los dos manuscritos: R fol. 98 rº (de la numeración primitiva), V fol. 46 vº. La referencia del pasaje es, en la ed. cit., pág. 139. Las citas del *Poema del Cid*, en la ed. de MENÉNDEZ PIDAL, v. 286, b, 287 (pág. 1111) y 3329-3334 (pág. 1150). La de *Flor nueva*, págs. 222-224 y nota correspondiente: en BAE, t. 10, págs. 542-543; los siguientes en el mismo tomo, y el de QUEVEDO, BAE, t. 69, pág. 223. Cf., finalmente, R. MENÉNDEZ PIDAL, *Romancero hispánico*, t. 2, caps. xvi, § 10 y xx, §§ 17, 18; además *Las primeras noticias de romances tradicionales en América*, en *Los romances de América*, núm. 55 de la Colección Austral, 6ª ed., Espasa Calpe S. A., págs. 46-51.